

del Duque de Rivas y de Espronceda, o la capiburguesa de Zorrilla y Larra, que la atormentada y pobre, en constante desgracia y perpetua bohemia, propia del autor de las «Leyendas». Los unos, poetas mimados por el público, políticos y aristócratas; el otro, conocido, pero poco popular y además duramente tratado por algunos críticos de entonces.

En resumen: la diferencia existente entre los poetas anteriormente citados, es la que hay entre lo retórico y lo espontáneo, entre lo afectado y lo claro: lucha que ha solido darse siempre en todas las evoluciones literarias.

JOSÉ M.^a LOZANO IRUESTE.
(5.^o curso).

AYNA

El coche marchaba a gran velocidad.

—¿Cuándo llegaremos? papá, se oyó decir a la nenita rubia que nos acompañaba.

—No te impacientes, falta poco, muy poco. Quizá a tí te parezca dentro de unos instantes que hemos llegado demasiado pronto.

—¿Y es tan bonito como dicen?

—¡Es precioso...! Ya verás

La chiquilla volvió a quedar silenciosa, y el automóvil seguía tragando como un hambriento, kilómetros y kilómetros de una mal llamada carretera. Mirad, dijo mi amigo, y apareció ante nuestros ojos un abismo.—Detenga el coche, no quiero bajar en él ¡Qué miedo...! Aquello es Ayna, papá.—Si estamos en el Gargantón. Y corriendo el Zig-Zag del empinado camino entramos en el pueblo; en él las casas y los peñascos forman una sola cosa. Una calle larga con varios nombres y en su mitad una plaza.

Es pintoresca, Ayna; dándole cierta belleza el terreno accidentado en que se enclava. Allá muy cerquita, el río Mundo, azul como una cinta de color de cielo, que va llenando de vida lo mismo a los árboles de su ribera que a las fábricas de electricidad, para que transmitan a veinte pueblos raudales de luz.

¿Y sus gentes? Viven tranquilas trabajando los hombres en su fábrica de lana y en su molino de aceite; y las mujeres no cesaban todo el día de hacer vencejos. Están orgullosos de su Villa y muestran a todos sus visitantes el pergamino que reza esta gracia, concedida por Felipe IV en 1602.

Grata me fué la estancia en las pocas horas que pasé allí; a la sombra de aquellas salientes piedras, que se adelantan protectoras, sobre los tejados de las humildes viviendas.

JUANA ROLDÁN MONTEJANO.
(3.^{er} curso.)

MIS DECIRES

Tema 3.^o: CUENTO. PRIMER PREMIO

Cuando las alas maternales de la Noche se tienden tranquilas sobre la paz de los campos obscureciendo el ambiente con su manto hondo; cuando la Hostia Santa arranca del manso río effluvios plateados, albos chispazos de un inmenso fuego de artificio que rasgan las tinieblas con una estela radiante y luminosa; cuando mil ruidos distintos resuenan en la gran bóveda poblado con su encanto el señorial mecer de los trigales y el rumor manso de los fantasmales árboles, cuando en fin la noche cae; al abrigo de su prudencia, amparado por su maternal caricia, el amor sueña y se mira en aquel río poeta que refleja en sus entrañas—al conjuro mágico de su enlutada novia,— la paz, el hechizo, el encanto virgen de sus misterios y sus bellezas.

Perdidas entre la noche, unas casicas somnolientas posadas como palomas entre el tesoro de los trigales, ponen su nota de vida en la espiritual paz de los campos: recios portalones, miserables entradas, chozas y palacios, fortunas y humildades se agrupan miedosas, dándose calor, resguardándose contra un lobo invisible como blancas corderas de un aprisco ilimitado ¡Es Castilla!

Junto a una reja florida, llenas las cruces de sus hierros de claveles más rojos que los labios de sus cuidadoras, unos ojos de mujer suplican la caridad de un querer clavándose sus destellos en el rostro moreno de un galán tosco y mimbrenño, nieto de aquellos conquistadores que proclamaron antaño al recio son de sus tizonas la gallarda altivez de su hidalguía. Blanca camisa remangada bajo el oscuro y pardo chaleco, chaqueta en el hombro, alpargatas que pisan tantas veces los terruños de la besana, el cigarro en la oreja y en los labios una flor, el mozo embebe anhelante el susurro de su moza que murmura apasionada su pagana oración de amor.

Unos pasos mas allá, las melodías suaves de unos instrumentos turban la calma del dormido pueblo, y ante la risueña carita de una castiza virgen, la copla vibrante rasga la cortina cálida del ambiente y del ensueño y subiendo, subiendo, queda temblona enganchada de las pupilas de la castellana. Acaba la copla, y una risa hiriente, collar desgranado de un corazón de fuego, mata las notas que entonara la garganta del Labrador.